

EL PUNTO FINAL

He oído un alarido, y me he dejado guiar por ese sonido, que resuena en mi interior como una brújula. Ahora siento el latido de su corazón, débil y suave, así que intuyo que llegaré a tiempo. Suelo intentarlo, pero a veces el final es tan repentino que cuando llego ya está todo hecho, y no puedo ni conectar con ellos.

He llegado hasta su casa. Los susurros empiezan a llegar a mis oídos. Parece que no quieren molestarla y hablan flojo para que descanse. Pero no lo hará hasta que acabe. Es el tramo más complicado que hará su vida. Me deslizo por la ventana y la veo. Esta vez es una mujer de 97 años. Se llama Sonia. Sufre. En su cara leo el agotamiento. Está sedada y no oye a nadie, pero su nieta le susurra palabras de cariño al lado de su cama. Le coge la mano y la acaricia con ternura.

Me acerco con cuidado y me quedo junto a ellas. Los padres de la niña esperan a los pies de la cama. Ella, su hija, llora en silencio. Oigo el portazo del doctor cerrando la puerta de la casa. No les han dado buenas noticias.

No pueden verme. No soy humana ni llevo una capa negra, sino una tan clara y transparente que no es perceptible al ojo humano. Tampoco llevo una guadaña, maldita sea, ni que fuera una asesina. Sé que ellos me temen, que evitarían mi llegada si pudieran, incluso me atrevería a decir que me quitarían a mí la vida si pudieran, como si de ese modo pudieran arrebatarse ellos mismos lo que me estarían regalando a mí: El punto final. Pero ni el muerto vive ni la muerte muere. Yo, que solo acaricio la vida mientras alguien la abandona, un ratito nada más; cuando las pulsaciones bajan, cuando empieza a faltar el aire, cuando necesitan renacer de nuevo. Me reclaman y yo acudo obediente, para abrirles el umbral.

A veces, si me dan tiempo, toco sutilmente el cuerpo y entonces me permito el lujo de sentir lo que queda de vida en ellos. Su sangre corriendo por mis venas, su pulso débil en mi corazón, sus párpados cerrados sobre los míos. No puedo sentir sus piernas pero sé que están allí, esos pies que han corrido dos maratones, los brazos que han cargado cuatro hijos; y las manos, ahora agarrotadas, que han escrito tantos cuentos, y tocado el violín como nadie. Su mente está confundida, así que le echo una mano. Me

introduzco en su mente sin permiso, sé que después me lo agradecerá. Había olvidado todo, y ahora, mientras elimino el poco malestar que todavía le queda, establezco las conexiones para que pueda recordar. Los paseos de la mano con su abuelo por el puerto de Cádiz, y el mercado donde juntos preparaban el puesto de pescado. Todavía podía sentir ese olor intenso que su madre no conseguía quitar de la ropa. Recordó los amigos con los que jugaba a esconder monedas en el patio del colegio y el poema de José Ángel Valente que aprendió en tercero y recitó en casa orgullosa una y otra vez:

“Moriré en la ciudad que yo más quiera, con los labios abiertos en tu nombre, como un golpe de mar en la marea.”

Ahí seguía, como el primer día. Pudo escuchar de nuevo los aplausos de su público entregado.

Recordó su muñeca de trapo, amiga de la infancia y confidente, que la acompañó incluso en la adolescencia desde el más absoluto secreto. Revivió su primer baile en el pueblo; aquella tarde en que su madre cepilló su cabello rubio y ondulado frente a su espejo favorito; y cómo recogía con horquillas el mechón rebelde de su frente. El mismo mechón que enamoró al bueno de José, a quien vine a buscar diez años atrás.

- Mira, mamá – dice la niña. – parece que sonría.

Su hija se acerca esperanzada. - ¿Mamá, nos oyes?

Todos se acercan a mirarla. Pues claro que sonrío. Pero está tan lejos...

Está recordando la primera navidad con su hijo. El hijo que en este instante está viajando a España para acompañar a su madre en sus últimos momentos, y que no llegará a tiempo. Siento cómo desea abrazarlo por última vez en lo más profundo de su corazón, pero no puedo hacer nada por ello. No he venido para cambiar la vida, sino para acoger su final.

Comprueban que tenga pulso, es cada vez más débil, pero aún existente. El último ciclo del corazón. Aprovecho para mostrarle los últimos años de su vida. Las carreras, sus presentaciones, sus conferencias. Ahora recuerda todo, tan nítido como si fuera ayer. Qué grandes llegan a ser los humanos. Parece que tocan el cielo con las manos. Pero los cuentos cobran sentido cuando terminan, así que después del clímax empieza el

desenlace. Y lo hace poco a poco, sin que se den cuenta: el día que al salir a buscar a su marido olvidó las llaves en casa por primera vez. Un mero descuido. Cuando de un día para otro no podía recordar el nombre de las calles, ni el de sus hijos. Algo más que un descuido. Hasta que de pronto olvidó cómo comer y cómo andar.

Pero no importaba, el cuento no acababa allí. Todavía llegaron más nietos, y aunque no podía retener sus nombres su corazón latía con ellos. Su sonrisa era más bonita a medida que pasaban los años, pues había coleccionado más motivos para sonreír. Su mechón, algo más corto, seguía cayendo rebelde sobre sus ojos abiertos.

Y ahora, esos ojos que ya no volvería a abrir, dejan caer una última lágrima.

Ahora siente la mano de su nieta bajo la suya. Puede sentir su tristeza. Si supiera que en su débil corazón no cabe más felicidad...

Pum, pum.

Nadie lo intuye, la madre empieza a pensar en qué preparará para cenar. Ella no tiene hambre.

Pum, pum.

El padre coge una llamada.

La niña piensa que al día siguiente tiene un examen y que no ha podido estudiar demasiado.

Pum.

El corazón late por última vez, aunque nadie se ha percatado. Sonia ya está conmigo. Con su último aliento todos reaccionan. La hija y la nieta lloran. El padre las abraza.

Sonia me mira, sorprendida, aunque aliviada. No tiene miedo. Ya no es una anciana dolorida y enferma, solo es Sonia. Un cuento redondo, el desenlace perfecto. Y yo, su punto final.